

ENTRE NUBES DE ALGODON

E

N

D

A

CARMEN PEREZ

Allí entre riscos y quebrados dormía rodeado por nubes de algodón el pueblo de Ariadna. Un lugar mágico y solitario, donde los rayos del sol se colaban entre el velo etéreo y desvaído por el que caminaban los fantasmas del olvido, en medio de una atmósfera vaporosa e irreal, donde las formas un tanto imprecisas pugnan por concretarse.

En ese universo aislado de caprichosas tonalidades, áspero e inhóspito, creció Ariadna.

Su limitado mundo, dominado por el recuerdo de un padre que nunca existió y una madre olvidada en algún lugar de la memoria, se reducía a dejar transcurrir el tiempo.

Creció entre el cariño de un abuelo demasiado mayor y el mundo idealizado que construía en su pequeña cabeza, a través de las cartas que junto a un cheque y una foto, llegaban cada mes de un país lejano.

Una mujer morena, guapa y bien vestida le sonreía, a veces sentada en un banco del jardín bajo una pérgola de glicinias; otras entre las silenciosas fuentes de piedra que sobresalían del estanque.

Así entre fantasías y cartas que olían a perfume barato, dejó atrás los sueños infantiles y se hizo mayor. Había sido una buena chica. Aprendió a través de sus grandes ojos verdes, lo poco que en aquel lugar apartado del mundo se podía asimilar. Era guapa, muy, muy guapa. Un día de primavera, entre los caminos que rodeaban la montaña y bajan al río su sueño se hizo realidad.

Alguien paró un coche y la contempló extasiado como si se tratase de una aparición. Ella le sonrió sin malicia saludando con su mano de dedos largos y afilados bañada por el frío sol de la mañana.

Él no podía apartar los ojos de aquella figura angelical, vestida de forma sencilla con un traje de tirantes de algodón, que resaltaba el color dorado de su piel. Ella se quedó inmóvil, sin saber que hacer. Él la miró con atención. Se fijó; en su boca grande de labios bien perfilados y amplia sonrisa, en el cuello largo y delgado que sostenía un óvalo perfecto. Paseó sus ojos por la piel suave, deseando dibujar arabescos con sus dedos, acariciarla, tocarla, saborearla. Observó sus largas piernas que al trasluz se dibujaban bajo la fina tela del vestido, haciéndole evocar imágenes placenteras; "fantásticas" pensó.

De pronto cerró los ojos y le tendió la mano.

-Eres perfecta- dijo con voz suave

Ella esbozó una sonrisa ingenua

-Tranquila, sólo quiero tomar una fotografía- dijo agarrando la cámara que había dejado en el sillón del coche.

-Ponte al otro lado del camino sobre el acantilado. Es... por la luz ya sabes. - explicó con un sonrisa que formó arrugas alrededor de sus ojos oscuros

Ella se colocó en el lugar exacto.

-Bien ahora; tócate el pelo, ponte de perfil, cruza las piernas, sonríe.

Bien, muy bien.

Su voz se tornó cada vez más profesional, más autoritaria.

Sus ojos no podían apartarse de ella. Un carrete, dos...por fin

-Vale. No más fotografías, gracias. Perdona-dijo colocando la cámara sobre el capó del coche y alargando su mano- Soy Boris, fotógrafo y tú eres la modelo perfecta.

Ella tímida y vulnerable sonrió acariciando con sus manos de adolescente los bucles de su cabello.

-¿Quieres que te lleve?- preguntó él

-Sí, por favor, vivo en el pueblo- contestó

Le señaló el camino por calles sinuosas, hasta la puerta de madera de dos hojas que se situaba bajo el dintel de piedra caliza.

-Gracias-dijo ella al salir

-Cuando revele las fotografías te llamo. Creo que son perfectas -dijo bajándose del coche y besando sus labios esponjosos

Ella se quedó pegada, sin poder moverse. El le guiño un ojo y se fue.

Abrió la puerta y empezó a reírse como nunca antes lo había hecho. Cruzó el largo pasillo hasta llegar al patio trasero. Buscó a su abuelo entre los manzanos del huerto, lo abrazó y le contó la historia. Él la miró cabizbajo y se alejó.

-Estas cosas nunca son verdad del todo. Siempre hay algo oculto. Estos hombres siempre hacen negocio- fueron las frases que escuchó sin prestar atención.

Ella se encogió de hombros "esta mayor" pensó.

Salió de nuevo a la calle y se acercó tarareando una canción hasta la plaza, donde se reunía con su grupo de amigas.

-Me acaba de pasar una cosa... empezó el relato

¡Que suerte modelo!-Todos te conocerán y te miraran al pasar a tú lado -dijeron.

Ella sonrió. Estaba sentada en la esquina del banco de madera bajo el chopo, observando a lo lejos como unos críos jugaban en los columpios de metal. De repente se levantó.

-Es alto y corpulento. Tiene el pelo muy corto y es perfecto. Su cara es...diferente- comentó ella complacida

Se pusieron nerviosísimas fantaseando sobre una vida de lejos de aquel lugar. Se imaginaban en la gran ciudad, en un apartamento de diseño, con ropa cara y glamourosa. Fascinadas por el mundo de los sueños que tomaban forma en su imaginación, anticipando el mundo feliz que gracias a su amiga podrían compartir.

-Me gustaría tener una gran terraza con macetas de flores y muebles de madera con un gran parasol...aportó una.

-El apartamento tiene que tener sofás blancos mullidos y cómodos y una gran bañera desde la que puedas ver el cielo...-dijo otra

Los días pasaron. Ella esperaba con impaciencia. Se sobresaltaba, cuando escuchaba el ruido metálico de los coches al pasar frente a su casa .Deseaba la llegada de la noche con la esperanza de que terminase un día para empezar otro. Intuía que él regresaría a buscarla

Llegó al mediodía cuando ella volvía del mercado. Su cara cambió cuando al doblar por la esquina de la plaza vio su coche. Corrió y su sonrisa llenó su cara de alegría. Metió la llave en la puerta y se encontró con la mirada huraña y preocupada de su

abuelo. Boris estaba sentado en el sofá con los pies cruzados, se levantó y le tendió la mano.

-Toma por las fotos, es un regalo pero las chicas como tú lo tenéis fácil.

Ella recogió el cheque. No podía creer lo que veía era una cantidad que superaba con creces el dinero que su madre le enviaba cada mes. Miró a su abuelo, sentado en un rincón triste y ajeno a la escena que se desarrollaba entre su nieta y el fotógrafo.

-Abuelo mi...

-No- cortó en seco restregando los ojos enfermos que apenas podían ver.- No lo cojas, si lo haces no podrás volver atrás.

El fotógrafo le sonrió haciendo un gesto burlón.

-Ya sabes la gente mayor-dijo ella.

-Le he hablado a tu abuelo de los planes que tengo para ti.

Tú a diferencia de tus amigas puedes volar lejos de aquí. Ellas no tienen tu oportunidad. Me dan pena pero si, tú quieres, puedo poner el mundo a tus pies. Hay gente que quiere conocerte, pero sólo depende de ti.

Ella se había quedado sin habla. Tantos sueños, tantos deseos cumplidos. Miró por última vez a su abuelo.

-Me voy le dijo- este ya no es mi mundo.

Se levantaron sin más y se fueron sin despedirse. En el rincón el anciano lloraba por su hija, por su nieta, por una vida de la que ya conocía el final. ¿Por qué había ocurrido otra vez?

Mientras conducía Boris le explicaba el trabajo; posaría para una revista, pero mientras los contratos llegaban había hablado con la dueña de una cadena de tiendas de lujo donde con su estilo, belleza, y sonrisa, podría vender a todos aquellos, dispuestos a pagar mucho dinero por modelos exclusivos y diseños de última hora.

Ariadna no podía creer en su suerte. Sus ojos atraídos como un imán pegado a una superficie metálica se fijaban en los del fotógrafo cuando diseñaba el futuro más próximo

Pararon en un pub, algo oscuro, en las afueras de la ciudad. Había muchas chicas paseando entre las mesas y la sala estaba a reborar. El camarero los llevó hacia una mesa pegada a la pared. A su lado dos se metían mano y otro aspiraba algo a través de una carcasa de un bolígrafo vacío. Ella sintió un escalofrío. El se levantó para pedir la bebida. En ese corto espacio de tiempo un tipo vestido con vaqueros y chupa de cuero con un cigarro en la mano se sentó en su mesa. Era un tío canoso, con pinta de perverso y libidinoso. Tenía una mirada insidiosa y una voz ronca de bebedor compulsivo.

Ella se puso nerviosa, el pervertido acercó su silla a la suya ,

le pasó una mano por el hombro y con la otra empezó a acariciar sus rodillas. Ella se levantó de golpe y cruzó como pudo entre las mesas, donde varias rubias de bote y escote sin fin, reían como hienas las manidas frases de los macarras que las acompañaban. Se situó al lado del fotógrafo quien aparentó sorpresa. Ella se lo contó

-Debes ser un poco amable, es uno de los mejores abogados de la ciudad si le sonríes y eres cariñosa podrás conseguir muchas cosas.

-No .Yo sólo quiero que me hagan fotos.

-Si claro todas dicen lo mismo

Pagó la consumición y Boris la agarro del brazo. Se metieron

por calles solitarias a esa hora de la noche. Eran como pequeños corredores escasamente iluminados que parecían no tener fin. Se pararon delante de una casa cochambrosa. Era una pensión de mala muerte. El chico de recepción tenía pinta de cretino y babeaba cuando la miraba sin disimulo. El fotógrafo se fue. El cretino la llevó hasta una habitación con una minúscula ventana. Era deprimente. Estaba sucia y olía mal. Abrió la ventana y en la casa de enfrente dos tíos se comían a besos ante la mirada atónita de ella. En otra ventana hacia la izquierda, un espejo le devolvió la imagen de un tipo disfrazado de mujer vistiendo un espectacular liguero de cuero

negro que acompañaba con tacones de vértigo. Cerró la ventana e intentó dormir. Esto es sólo el principio "pensó".

Boris la esperaba al día siguiente para llevarla al barrio de tiendas caras donde iba a trabajar. La dueña del establecimiento la miró y asintió complacida.

-Nos vemos dijo el fotógrafo- despidiéndose con un casto beso en la mejilla.

Su trabajo era duro; desdoblar y colgar la ropa que ella deseaba tener pero que no podía pagar. Clientas caprichosas que siempre querían probarse algo más. El día terminó con cierto desencanto. No se lo imaginaba así. No le había alegrado tocar modelos exclusivos, ni tampoco asistir a mujeres mayores a las que esos trajes no les quedaban bien. Pero tenía que sonreír y sonreír para que sus bolsas fuesen llenas y poder así, cobrar su comisión.

Volvió a la pensión caminando cabizbaja. Se encontró con unos tipos con pinta de puteros y alguna copa de más que la invitaban a una orgía sin fin. Le dolían los pies. Al ir a coger su llave un individuo se colocó a su lado y con un aliento apestoso a alcohol y tabaco la invitó a follar, ya que a él se lo rifaban las mujeres, le había comentado haciendo un gesto obsceno. El ambiente en el hostel era decadente. Subió con desgana las escaleras y ni siquiera

quiso mirar si tenía porno duro en las ventanas de la casa de enfrente. Se ducho con un hilo de agua y se acostó. No pudo dormir recordando la tristeza de su abuelo, las frases pronunciadas que entonces no entendió y que ahora le venían a la mente como un día lleno de sol.

-“Hay hombres que viven de las mujeres” había dicho .

Se levantó con ojeras y estaba tan pálida como la cera. Se recogió el pelo en una coleta vistiendo una elegante falda de cuero y chaqueta a juego que le habían dado en la tienda como uniforme. Agarró el bolso bandolera de cuero negro y salió a la calle.

-Tienes mala cara- dijo la dueña.- aquí es conveniente venir impecable.

-Si perdón, es que no he dormido bien.

Se pasó la mañana entre consejo y consejo; sobre perfumes, zapatos y complementos, pensando en el fotógrafo y en lo que el le había dicho.

“Te voy a sacar de ese infierno, que es la soledad de tu vida, para que experimentes sentimientos y emociones que nunca has compartido. Pero si tu quieres no sólo hay fotos, hay mucho más y bastante dinero. En cuanto los hombres te necesiten y se

enamoren de ti, las fotos pasaran a segundo plano. No va a ser fácil pero lo harás cuando tú quieras”.

“Ten en cuenta que tu belleza no es algo duradero y tu cuerpo poco a poco se marchitará”.

Empezaba a entender que quería decir con esas palabras, comprendía ahora el lado siniestro del discurso, cuando le hablo de un capullo que tiene que abrirse al mundo para conocer el amor.

Intuía que acababa de entrar en el laberinto por el que comenzaba a discurrir su vida.

El fotógrafo apareció al cabo de unos días por la tienda. Le había conseguido una sesión de fotos. Ella se alegró. Sentía que por fin su sueño estaba a punto de cumplirse. Se subieron al coche cruzando las calles colapsadas por el tráfico a esa hora del día. Se alejaron del centro y llegaron a una zona apartada de modernas oficinas, donde entraban y salían personas bien vestidas, con pinta de ejecutivos pretenciosos. Entraron en un vestíbulo inmenso y bullicioso, llena de placas doradas que señalaban los despachos del edificio. Esperaron pacientes el ascensor haciendo cola junto a dos rubias, una bastante atractiva y la otra un poco más fea, pero con un cuerpazo diez, fruto del horas de gimnasio y alguno que otra sesión de bisturí. Notó como un grupito de tres hacia comentarios y

la señalaban con la mirada. Estaban hablando de ella y se sintió incomoda. Boris le puso la mano en la espalda y los tres esperpentos trajeados, caminaron hacia la calle. Al salir del ascensor atravesaron un largo pasillo de puertas, que se abrían y cerraban demostrando la gran actividad de los despachos en esa planta.

El fotógrafo atravesó una puerta que tenía una pequeña placa dorada con la leyenda "agencia de modelos". Una sala espaciosa y muy luminosa con grandes ventanales, a través de los cuales se veían los edificios contiguos, les dio la bienvenida.

La chica de recepción les sonrió –Pasa te está esperando.

El lanzó un beso con la mano y le guiño el ojo.

La habitación era austera pero los muebles tenían estilo. Un gran cuadro de colores pastosos y figuras difuminadas colgaba sobre la mesa principal tras la cual estaba sentado un tipo gordo y calvo, que sostenía unos papeles en su mano. Al verlos entrar sonrió.

- Vaya, vaya, así que esta es la chica de las fotos-hizo una pausa premeditada y continuó- os podéis sentar allí en el sofá estaremos más cómodos.

El gordo no le quitaba los ojos de encima. Ariadna experimentó una sensación rara; era como si a través de los ojos de besugo

pasado de fecha, el pudiese desnudarla. Se sentía como una bailarina de strip tease, cuando los alcohólicos de la noche la jalean para que poco a poco se quede sin ropa. Impulsivamente cruzó las manos sobre su pecho, como si hubiese podido reconocer en la mirada del gordo sus intenciones poco claras. Le dieron ganas de vomitar y en su cara se reflejo el asco que sentía.

De repente él rió- Chica tranquila sólo vamos a firmar un contrato Ella se relajó y escuchó. Pero a medida que avanzaba la explicación se sentía sola y deprimida. El fotógrafo era su representante y cobraría la mitad de lo abonado. Además estaba el tema del hostel que habría que pagar también con la suma estipulada por los trabajos y por supuesto el representante legal, es decir él, que cobraría por revisar cada uno de los trabajos que realizase. Se notaba que era algo que hacían a menudo, la voz del gordo era profesional carente de afectividad y monocorde, como si recitase las cláusulas una y mil veces.

-¿Te parece bien? –finalizó

- No sé. Para mi es todo nuevo

Bueno, bueno,- dijo el gordo dándole golpecitos en la mano.

-Es nuevo pero es bueno y menos aburrido que ese pueblo en donde perdías el tiempo. De todas formas tendrás que asistir a

algunas fiestas, donde financieros importantes y directores de medios audiovisuales, suelen dejarse caer para ver caras nuevas que pueden convertir en famosas. Tendrás que tener ropa adecuada, ya sabes sexy y bonita, como la que vendes en la tienda. Ellos te harán un precio especial. Siempre lo hacen.

La reunión estaba a punto de concluir cuando el gordo preguntó.

¿No tienes pareja, verdad?

Ella dudo mirando al fotógrafo.

-No, claro que no contestó el gordo. En este trabajo mejor así. El amor es para los imbeciles. Cuando una chica se enamora, pierde el cerebro. Por cierto el viernes doy una fiesta en mi casa de la playa, en tu contrato está asistir a este tipo de eventos. Es decir te pagaremos por sonreír, tomar una copa. Lo que hagas después es cosa tuya.

Ella se sintió mal. Le sonó horrible la proposición que le hacían eso no era lo que ella quería. Es más no quería hacerlo. No quería ir a fiestas, ni pensar en lo que vendría después.

Su mirada alegre cuando entró, se torno escurridiza y se sentía deprimida.

-Verá es que a mi las fiestas no me gustan. La verdad es que no se bailar. Tampoco tengo una conversación interesante y no tengo ropa sexy. Sólo venía a por lo de las fotos, ni siquiera me acuerdo cómo se...

-Oye- la interrumpió el gordo- Todo lo que hacemos es legal. Si crees que alguien va a follar contigo si tú no quieres, estás equivocada. Sólo te ofrecemos la oportunidad de conocer a gente interesante y además te pagamos por ello.

Ella estaba furiosa Boris no había pronunciado una sola palabra desde que habían entrado en aquel despacho. Lo interrogó con la mirada. Él se encogió de hombros y desvió los ojos hacia la ventana.

-Nena- dijo el gordo,- tienes un buen cuerpo y una cara muy bonita, pero como comprenderás no eres una supermodelo así que este es tu primer contrato. La fiesta y unas fotos que se publicarán en un semanario de ropa interior.

Ella se quedó helada. Tenía miedo. Se sentía sola. El corazón le latía con fuerza y notaba una extraña presión en la cabeza

-Tengo trabajo. Esto es un negocio y tú sabes de qué va.

Se levantó del sillón y cogió un papel que firmó. Se dio la vuelta y lo puso en sus manos.

-Ya sabes ropa sexy y ligera- desviando su mirada hacia Boris espetó – hazle las fotos para la semana que viene.

La reunión había terminado

Al salir a la calle ella le reprocho a Boris su actitud. Cuando entraron en el coche estaba totalmente fuera de si.

-No lo entiendo, tú me hablabas de fotos –dijo con lágrimas en los ojos.

-Chica, tú quieres pasta y yo también, es un acuerdo comercial. Ya te lo dije, yo hago las fotos y tú pones lo demás

Me...estás diciendo que sea puta- balbuceó. La voz le temblaba y lagrimas saladas corrían por sus mejillas

-No, ya te avisé antes de ofrecerte el trabajo. Tú vives de tú cuerpo, fotos, caricias, poses .Yo, de lo que pueda sacar de él.

Te lo digo en serio. Tú no eres una niña y ya sabes a lo que te expones. O esto, o tu pueblo perdido en el culo del mundo.

Ella seguía llorando, nerviosa y enfadada.

-Eres un cerdo, un timador y una mala persona

-Eh.-dijo el agarrándole el brazo. Yo no te obligo a nada. Mi misión es presentarte a gente y tirarte fotos. Le acercó un pañuelo.

-Sécate las lagrimas, en la tienda no te van querer con esa pinta.

La dejó en la acera frente al cristal, donde un carísimo traje de noche, lucía como un diamante en el escaparate de una joyería, esperando un comprador. Estuvo un rato intentando interiorizar, todas las emociones que esa mañana había sentido, pero no podía volver al pueblo, todavía no. Estaba de mal humor y le dolía la cabeza así que siguió mirando y mirando el traje que ella nunca podría pagar. Esperó un rato en la calle mientras veía a los coches caminar, como en una procesión de hormigas cuando durante el verano despiertan, y recorren en fila cientos de kilómetros para buscar el alimento que durante el invierno les salvará la vida.

Cuanto más pensaba en la fiesta menos le gustaba la idea pero estaba en un callejón sin salida. Mentalmente hizo cuentas de lo que realmente iba a ganar entre fiestas y saraos, pero las matemáticas nunca habían sido su fuerte y olvidó los porcentajes que ella debería abonar. Si volvía con su abuelo se condenaría a una vida aburrida con cualquier chico que sólo hablaría de fútbol, sexo y alcohol; discutirían amargados por la falta de dinero y sus hijos no querrían estudiar, mientras imaginaban como ella había hecho, una y mil formas, para huir de aquel apartado lugar. Decidió volver a la realidad y entrar en la tienda. La dueña le hizo un gesto con la

mano, señalándole una esquina dónde una mujer entrada encarnes buscaba un vestido.

-¿Puedo ayudarla? Preguntó con voz suave. Revolvieron entre las prendas hasta dar con un traje rojo de tirantes del que no había talla.

No se preocupe en el almacén tenemos más.

-Cada vez hacen las tallas más pequeñas. La miró con descaro escrutándola de arriba abajo –No te creas yo también tuve tu tipo y ahora no me caben los trajes.

Ella como buena vendedora comentó -No por favor, es que las tallas italianas son pequeñas, usted como clienta ya lo sabe y creo además que este año las han cambiado.

La mujer se quedó complacida y se sentó en el cómodo sillón, ojeando una revista de moda, mientras buscaban su mercancía. Al final, se llevó otro traje parecido que le sentaba peor pero la hacía más juvenil, eso dijo.

Tenía las piernas hinchadas por el calor y un terrible dolor de cabeza, la dueña se acercó con cautela cuando estaban a punto de cerrar.

-No te vayas tenemos que hablar.

-Claro.

Cuando estaban bajando la persiana metálica le dijo.

-Me ha llamado el dueño de la agencia para contarme lo de la fiesta.

Así que vamos a elegir un vestido.

-Yo no tengo...

-Dinero contestó la dueña. Ya pero te lo descontaré poco a poco de tu sueldo. A esas fiestas suelen ir chicas muy guapas, algunas vienen a comprar aquí. Pero –miró a su alrededor, al ver que estaban solas continuó-. Verás te digo que te quedes cuando echemos el cierre, ya sabes esto no lo hacemos con todas y además a las clientas tampoco les gustaría pero ¿entiendes?

-Si, claro.

Le aconsejo un traje de raso con encajes en el escote, con un solo tirante que la hacía parecer una diosa griega. Le recomendó unas sandalias de tacón que le daban la altura suficiente, para desfilas por las pasarelas internacionales en cualquier semana de la moda.

-Chica con este traje no puedes llevar ropa interior, tampoco la necesitas, estás perfecta. Recuérdalo la ropa se marcaría en la tela del traje, y te haría parecer humana, así pareces Afrodita.

El viernes al atardecer le mandaron un coche a la siniestra pensión en la que vivía. Al bajar por la escalera miles de ojos se

fijaron en ella. Sintió como si estuviese en un exclusivo escaparate, donde todos miran pero pocos tocan.

Uno se le acerco -¿quieres que te acompañe?

-Gracias se caminar sola.

El coche estaba en la puerta. Un hombre joven, guapo, musculoso con un cuerpo de anuncio la invitó a entrar. Recorrieron las calles del centro y enfilaron por la autopista hasta encontrar la sinuosa carretera de la playa. Estaba anocheciendo y se sentía cansada. Seguía pensando que la fiesta era una mala opción pero no tenía muchas más. "Bueno sólo serán unas copas y unas cuantas sonrisas" pensó.

La casa era espectacular se abría sobre un acantilado al mar y parecía un barco navegando en el océano. En los jardines llenos de flores se mezclaban los olores sintéticos de perfumes de autor, con los dulces y suaves de los jazmines, el azahar o las mil plantas exóticas que cubrían los cuidados arriates que bordeaban el camino principal. Se escuchaba la música lenta y la voz melodiosa de un cantante de boleros. Pequeñas luces iluminaban los senderos y antorchas de fuego lanzaban sus llamas al viento, que mecía suavemente las ramas de los árboles.

Al llegar a la puerta principal, un tipo tan grande como un armario vestido de negro le abrió la puerta y la invitó a pasar. Las luces tenues del inmenso salón la introdujeron en un mundo diferente de bellas mujeres y hombres maduros.

El gordo se acercó a saludarla luciendo su calva grasienta y un pecho peludo que se intuía, a través de una blanca e impoluta camisa, sobre la que lucían un medallón dorado de finos arabescos.

-Perfecta- fue el saludo acompañado de un beso en la mejilla.

-Gracias por el coche- respondió.

-Ven- le dijo agarrándole la mano. Un camarero les ofreció una bebida en copas largas de cristal fino.

-Tu no necesitas un representante-, le dijo susurrándole al oído.- con ese traje sólo te necesitas tú.

La llevó al rincón donde unas cuantas parejas bailaban, otras estaban sentadas en las mesas repartidas por el inmenso jardín sobre el acantilado que daba al mar. Varias miradas se dirigieron a ella cuando traspaso el umbral de las cristaleras abiertas del salón. Se quedó helada, sintió de nuevo como si estuviese desnuda en un gran escaparate donde todo el mundo la observaba. Su traje se pegaba al cuerpo como el celofán de colores que envuelve los regalos un día de fiesta. Distinguió a lo lejos el cabello plateado del

individuo libidinoso que le había metido mano en el bar. Se cruzó con su mirada y sin saber cómo lo tenía al lado invitándola a bailar. Llevaba una camisa negra ajustada, con las mangas dobladas a la altura del codo. El aliento le olía a whisky y tenía los ojos achispados. La lengua le patinaba, pronunciando entre siseos frases entrecortadas apenas audibles. La arrastró hasta el centro de la improvisada pista de baile.

-Venga, relájate es sólo un baile tranquilo- le dijo

Dejó una mano fija en la cintura y con la otra acariciaba la tela del traje, con un movimiento muy sensual sintiendo el calor que emanaba de la espalda.

-Cómo a mi me gusta sin ropa interior-le dijo babeando al oído.

Ella notó como los dedos inquietos y nerviosos dejaban la cintura y resbalaban hacia abajo, apretando con fuerza sus nalgas.

Sintió un escalofrío y se arrepintió de haber acudido a la fiesta. Una sensación húmeda y desagradable, como una lengua de trapo le recorrió la mejilla, se paró en la oreja, paseó a lo largo de su cara buscando los labios que ella apartó. Sentía sus caderas pegándose a su cuerpo. Sus torpes rodillas frotando sus muslos. Frases insinuantes sonando en sus oídos.

Alrededor, miraditas y miradas groseras, cómplices y profundas, como si todos quisiesen participar en el reparto del pastel.

-No bailo muy bien dijo ella- intentando soltarse.

-Si, lo haces bien, pero me imagino tu cuerpo entre sabanas de hilo, y tienes razón esto es una perdida de tiempo.

Ella se escabulló como pudo, escuchando a su alrededor risas y palabras.

-Vamos a sentarnos, estoy un poco cansada.

Él la siguió hasta una mesa ocupada por otras personas.

-No, aquí no, dijo él de pronto, encendiendo un cigarro y agarrándola de la mano la arrastró hacia el fondo del jardín. Se sentaron en una mesa tan arrinconada, que era invisible para el resto de los invitados.

Bueno, bueno, Ariadna ¿no? Cuéntame la historia de tu vida

-Verá contestó ella. Yo no sirvo para esto yo sólo quiero que me hagan fotos.

Una carcajada sonó como un grito acusador entre los setos que ocultaban la mesa. Ella se sorprendió

-Cariño, eso lo dicen todas y...

-Yo, yo, no estoy preparada.

-Deja que yo te ayude. No te arrepentirás. Eres muy atractiva y seguro que en la cama eres magnífica. No te compliques la vida con estos fotógrafos de mierda. Yo solo te pido un poco de cariño y discreción. Solo quiero pasar un buen rato ¿No te interesa?

-¿Qué es lo que quiere?- preguntó ingenua.

-Lo primero es que me llames Damián y lo segundo un buen polvo, pero no aquí, a mi me gustan las cosas privadas e íntimas. Si quieres saber la verdad, esto está lleno de putas a las que me he tirado, pero tú eres distinta. ¿Cuántos años tienes?

-Los suficientes para saber lo que me estás proponiendo. Sexo y sólo sexo.

¿Te parece mal?- preguntó sonriente ofreciéndole una raya de coca

-No yo...

-Si tú nunca la has probado pero ya la probarás cuando viajes conmigo al paraíso.

Ella empezaba a ponerse nerviosa a no controlar la situación. Él empezó a acariciar de nuevo su espalda paseando sus dedos por su piel dorada.

-¿Qué vamos a hacer? Tú decides.- dijo susurrando en su oreja.-

Eres muy guapa pero éstos te aburrirán, eso te lo aseguro.

Ella retiró la cara, sacudiéndose el sedoso cabello. Escuchaba llena de angustia las frases siseantes que salían de la boca de Damián. Sus ojos reflejaban tristeza pero logró construir una frase que se coló por los labios rojos bien perfilados.

-No sé de que va esto ¿Sabes una cosa? No me interesa tu ofrecimiento.

Cuanto más lo pensaba, menos le atraía la proposición. De repente, se levantó dejándolo sólo entre los setos dormidos.

Cuando se alejaba caminando entre el fuego de las antorchas movido por el viento, escuchó a lo lejos.

-Me necesitas y sé que volverás. Vaya si volverás.

Camino por el sendero lleno de azaleas que desprendían un suave olor. Se situó frente al gordo. Le agradeció su invitación a la fiesta mientras éste besuqueaba a una rubia de generoso escote, recorriendo con sus manos gruesas y peludas el cuerpo de su amiga. ¿Te vas ya? – preguntó flotando entre una nube de alcohol, y coca. Al hacer ademán de levantarse cayó de nuevo en la silla.

-De todas formas, no te vayas- dijo apestando a alcohol.- Todavía puedes bailar o ¡quién sabe! buscar a alguien con quien pasar la noche.

-No, por favor, estoy cansada. Dijo fijando sus ojos en el rostro congestionado y los ojos rojos y saltones del calvo.

-Bueno pequeña que tengas buenos sueños, yo tengo cosas importantes que hacer aquí- contestó mientras acariciaba el escote de la veinte añera que solicita sonreía las gracias del gordo.

-Si...- carraspeó reclamando la atención de la pareja-, si alguien puede pedirme un taxi.

-¿Un taxi? Afrodita no viaja en taxi, dijo acariciando su piel.

Hizo una señal con el dedo y el musculoso de gimnasio que la había recogido en la pensión, apareció caminando lentamente entre las sombras.

Mientras observaba desde la ventanilla las luces la ciudad, su mente empezó a divagar. Pensaba si esos eran los sueños que tenía cuando de niña caminaba entre nubes de algodón o simplemente había crecido y se había convertido en una mujer fría y calculadora, que quería abrirse a los grandes placeres que nunca había experimentado, sin tener en cuenta el amor o la pasión que tanto la habían obsesionado en sus sueños de princesa.

En el interior del coche intentaba imaginar que derroteros seguiría su vida. Por un lado todo era claro y sencillo; la tienda, las fotos, no había más que pensar. Pero de que sirve pensar si no tenía el

control sobre su vida, si ya no caminaba entre las nubes húmedas que rodeaban sus sueños. No tenía sentido dar vueltas y más vueltas a pensamientos que escapaban a su control.

Al entrar en la pensión, todo estaba en silencio, sólo el olor a humedad y las miles de colillas que como un decorado salpicaban el suelo de gres, dejaban constancia de que allí en un momento de la noche las almas solitarias de los huéspedes se habían constituido en reunión.

Subió despacio intentado no hacer ruido. Se tumbó en la cama sin quitarse el vestido, fijó sus ojos en el techo desconchado y sucio, siguiendo las aspas de un ventilador que giraba y giraba moviendo el aire caliente.

Pensó en las historias del cielo y el infierno que le contaban de pequeña, cuando el abuelo la hacía ir a la iglesia. En los sermones del cura sobre la castidad y el sexo. En los buenos chicos que se daban besos a escondidas y en los malos que follaban cerca del río entre las sombras de los árboles y dejaban el campo plagado de condones pegajosos.

Con esos extraños pensamientos se quedó dormida.

Unos golpes la despertaron de sus sueños. Miró las luces parpadeantes del reloj de la mesilla pensando que alguien le quería

gastar una broma. Se tapó la cabeza con la almohada intentando conciliar de nuevo el sueño. Los golpes seguían y se oyó un improperio a lo lejos. Se levantó como si le quemase el colchón dispuesta a echar una bronca al cretino que no paraba de aporrear la puerta. Era el chico de recepción. El chaval se quedó sin habla. El pelo le caía sobre los ojos y el vestido estaba tan pegado a la piel que permitía intuir las esplendidas curvas de un cuerpo diez

-¡Qué!- exclamó ella enfadada

-Yo, yo...-balbuceó el recepcionista

-Si, tú ¡qué!- apuntó fuera de sí

Perdone es que le han dejado esto – dijo señalando una rosa blanca y un sobre- Me pidieron que se lo entregase.

Ella se quedó cortada, por la agresividad que había mostrado a alguien que sólo cumplía con su trabajo, pidió perdón y recogió el regalo. Cerró la puerta y dentro del sobre había un cheque con algunos ceros, acompañado por una tarjeta sobre la que resbalaban sólo tres palabras “por la compañía”

No sabía como actuar, se metió de nuevo en la cama y volvió a dar vueltas al mismo tema. Si aceptaba el cheque entraba en el juego y si entraba en el juego ¿Cuántos eran los jugadores?

El fin de semana se le echó encima, callejeo sin rumbo fijo por las calles de la ciudad vieja y se sentó en un kiosco del parque observando el deambular de la gente. Salvo al fotógrafo no conocía a nadie y con nadie podía hablar así que siguió intentando entre coca-cola y coca-cola, buscar una respuesta para las miles de preguntas que martilleaban su cabeza.

Sus ojos brillantes y llenos de luz parecían dormidos, perdidos entre bruma. Se encontraba atada y deslumbrada a la vez por un mundo diferente en el que se confundían las fantasías que poblaban su cabeza con la realidad que estaba empezando a asumir. Era la lucha entre sus sueños de niña y el alma de mujer que quería experimentar, dar, recibir...

-Señorita...

-Un hombre de aspecto juvenil, interrumpió sus divagaciones.

-¿Es a mí?

-Si, claro. ¿Estás sola? ¿Puedo acompañarte?-

-Bueno es que no sé de que vamos a hablar.

Ante la duda el se sentó rápido y le tendió la mano

-Me llamo Raúl y suelo venir al Kiosco pero nunca antes te había visto por aquí.

Los ojos bellos de Raúl, risueños y expresivos la interrogaban con mil y una pregunta, pero de su boca salían pocas palabras.

Ella no quería responder con libertad, no ansiaba dar datos sobre su vida, no deseaba ningún tipo de compañía.

-¿Podemos conocernos y quedar para charlar si quieres? Eres tan bonita que no pararía de mirarte.

Ariadna sonrió, era ocurrente y gracioso y en un momento pensó en romper la insulsa vida que le ofrecía la tienda y apostar por gente con la que tendría algo que compartir; quizás aprender a bailar o puede que conversar, pero recordó la frase del gordo.

"No te enamores chica, el amor es para los imbeciles"

-Verás estoy un poco cansada, trabajo mañana y si te parece otro día nos vemos aquí.

-Pero te acompaño a tu casa o- dijo sonriendo- tu novio te espera.

No le contestó sólo se levantó y se fue.

El lunes antes de entrar en la tienda cobró el cheque en el banco.

Antes de cerrar, se acercó a la oficina. La dueña le sonrió y la invitó a entrar.

-Voy a pagar el traje, es mejor así que descontármelo de mi sueldo.

-¡Vaya! Chica afortunada que viene sin dinero a la ciudad y tras una fiesta puede pagar un traje exclusivo.

La miró, sin poder asimilar las palabras que la hirieron como agujas que se clavaban en la piel, con odio y rencor. Aquella mujer tan amable se había convertido en una arpía que estaba insinuando, sin ningún tipo de generosidad que conocía lo que había hecho.

-No tengo que dar explicaciones de mi vida, pero yo no he hecho nada que usted pueda imaginarse. Es parte del dinero por mis fotos, un adelanto.

Ella le contestó con sorna

-Sí claro. Siempre son adelantos pero la mayoría de las veces son por algo más, aunque como bien dices, mientras vendas y eso lo haces bien, en tus ratos libres puedes divertirte como quieras.

Humillada dejó el dinero sobre la mesa, recogió sus cosas y buscó el anonimato de las calles perdiéndose entre los transeúntes que a esa hora regresaban a su casa.

El día de las fotos apareció nublado, era un día plomizo con un calor sofocante que anticipaba tormenta. Se acercó a la hora prevista al lugar indicado. Era el bajo de un edificio nuevo en el que había una especie de plató con varias chicas luciendo esplendidos cuerpos en ropa interior.

Sin miramientos, le dijeron desnúdate.

¡Qué!- exclamó

¡Qué! Es que no te lo han explicado. Fotos, fotos. Fo-to-gra-fías- dijo remarcando las palabras el creativo- en ropa interior. Aunque con el cuerpo que tienes si quieres posar desnuda, te pagarán una pasta.

Todo le pareció vulgar, ordinario, frío, vergonzante. Las poses que el fotógrafo le señalaba le parecieron obscenas, se sentía más desnuda que vestida y la ropa que la asignaron era ridícula.

Quería terminar enseguida, pero la sesión se alargó; las luces, los gestos, las compañeras, siempre había algo que no encajaba.

-Chica alegre esa cara que son fotos para tipos que saben lo que quieren o, Chica pega tu cuerpo a tú colega ya sabes, como si estuvieses disfrutando en el jardín de las delicias. Chica no pongas cara de acelga, te lo estás pasando de miedo así que abre la boca. Chica bájate los tirantes pareces una monja de clausura, el tanga no es un braga, sabes cómo se pone o te lo colocamos nosotros...

Cuando por fin terminaron las fotos se sentía liberada, quería respirar, vivir. Así que al salir a la calle y sentir la fina lluvia que caía sobre su cuerpo se alegró de que el aire limpio y el olor a tierra

mojada, le hiciese olvidar la tormentosa sesión con la que había finalizado la tarde.

A los pocos días le entregaron un cheque por el trabajo realizado. Al abrir el sobre sus ojos se quedaron colgados de los números y una sensación de asco recorrió su cuerpo. Se metió en el cuarto de baño para frenar las arcadas que sintió en el estómago al ver la cifra con la que abonaban su trabajo. Un poco más tranquila llamó a Boris pero el móvil estaba fuera de cobertura, así que marcó directamente el número de la agencia de modelos. Por supuesto no pudo hablar con el gordo, estaba ocupado.

Se entretuvo en la tienda acá y allá para no pensar en lo que había ocurrido. Volvió a marcar los números, pero o estaban fuera de cobertura o "el señor estaba reunido, le devolverá la llamada cuando pueda". Antes de colgar lanzó unos cuantos improperios, pero la voz profesional de la secretaria la cortó en seco.

-“la llamará”.

Al cabo de unos días cuando no esperaba ya ninguna respuesta sonó su móvil- Era el gordo

-Guapa no he podido ponerte en contacto contigo antes.

Pero creo que la sesión fue un éxito así que tengo otro trabajo para ti. Si quieres lo hablamos, pongamos que...

Ella lo interrumpió

Que te crees qué no se leer, qué no se hacer números. He estudiado, he leído. Piensas que podéis estafarme.

-Chica. No te enfades. Si haces números; mi comisión, la de tú representante y el pago de la pensión. ¿Es así o no?

-Eres un cerdo

-Nena. Esto es un negocio. Si no tienes necesidad de hacerlo, no lo hagas, nadie te obliga a posar, pero sí lo haces aceptas las normas, que Yo y sólo Yo pongo. Tienes que cumplir un contrato así que Tú misma- fue la última palabra que escuchó.

Sus ojos verdes y serenos estaban desencajados por el llanto. Su boca temblaba como una hoja mecida por el viento y sentía frío mucho frío como cuando niña se acurrucaba entre mantas viendo como la nieve se posaba en el alfeizar de su ventana. El desencanto que sentía no era comparable a ninguna situación experimentada con anterioridad se sentía vacía, sola, sin ilusión ni ganas.

Al terminar su trabajo comenzó a caminar lentamente como si no le importase el tiempo, al pasar cerca de un kiosco de prensa vio la portada de la revista. Era asquerosa. Habían elegido una fotografía en la que prácticamente estaba desnuda y otra modelo de

espaldas a la cámara, con el culo grande como un tonel, le pasaba la lengua por la espalda. Sintió dolor cuando escucho el comentario de dos tipos que ojeaban la revista

-Vaya par de guarras. Si esta es la portada como estarán de calentonas.

Se dio la vuelta intentando no llorar y deseando desaparecer entre la niebla.

Al llegar a la pensión mil ojos se posaron en ella. Un tipo siniestro, cojo y bizco se le acercó

-Tía yo soy mejor que la tipa con la que follas. Cuando quieras lo probamos.

Se lo sacó de encima con un manotazo – cerdo- le dijo.

Fue una noche complicada, intentó dormir pero no pudo, rezar pero no se acordaba, llorar pero ya no podía.

Su vida se convirtió en una sucesión aburrida de días. Se ocultaba bajo unas enormes gafas de sol y caminaba deprisa por la calle para no escuchar palabras como las que había oído el día que salieron las fotos. Boris apareció de nuevo, para proponerle un nuevo trabajo. Una portada en una revista importante en la que se publicaban mujeres con cuerpos esculturales, pero eso sí desnuda.

Ella dijo me lo pienso, El contestó es tu gran oportunidad.

No aceptó el trabajo y el gordo la amenazó, “tienes un contrato con nosotros y te estamos buscando trabajo sabes que no puedes rechazarlo, salvo que puedas pagar la penalización”.

Se quedó helada no tenía ni idea de que existiesen penalizaciones por no aceptar trabajos, pero así lo había firmado. Había sido una estupidez pero no había salida.

Una nueva fiesta, en una casa en las afueras, un traje sexy, y ya sabes lo que tu quieras. Aceptó asqueada.

El vestido era rojo y dejaba la espalda al aire hasta la altura de la cintura. La tela era tan suave que caía formando pequeños pliegues que la hacían parecer etérea, irreal.

Un beso al llegar y él, Damián caminaba despacio entre las mesas con un copa en la mano.

-¿Te gustó el regalo?

-Si mucho, perdona que no te contestase, pero no sabía a dónde hacerlo.

-Me gustas, eres discreta y para mí eso es importante -dijo acariciando con sus dedos gruesos y ásperos la piel lisa y suave de la espalda.- Bueno lo que quiero decir es que ya somos mayores para juegos ¿no crees?

Ella no contestó, se limitó a devolverle una mirada fría y distante, pero el siguió.

-No me han gustado las fotos, creo que no te hacen justicia y sería un error que posases desnuda. Es sólo una opinión. Puedes hacer lo que quieras- dijo mientras acercaba sus labios húmedos a la boca de Ariadna. Ella se quedo inmóvil, ni siquiera hizo ademán de moverse, él se sorprendió y le dijo- Buena chica nos vamos a entendiendo.

Se sentaron en una mesa apartada y ella le dejó hablar, sonreía y asentía de vez en cuando, sin seguir el hilo de la conversación, su mente estaba en las nubes a miles de kilómetros de aquella horrible fiesta donde todo el mundo se metía mano con descaro y sin intimididad.

-¿Entonces?- preguntó él deslizando la mano entre la piel y la tela del vestido.

Ella se sobresaltó

-Perdona. No te escuché. Estaba mirando a esa pareja tan peculiar.

-Ah sí, él tiene mucho dinero y ella es la sensación de la temporada. Tiene más silicona en el cuerpo que neuronas en la cabeza. La verdad es que es un pareja patética él está apunto de dejar este mundo y ella acaba de entrar en el.

-Ya

-Bueno entonces te parece bien el lunes a las nueve en el hotel. Es muy discreto. La habitación se registra a tú nombre y yo subo directamente desde el parking.

-No, no sé si...

Sacó del bolsillo del pantalón un papel y se lo entregó

-Aquí no hay comisiones, ni representantes legales, sólo tú y yo.

Entre los números había varios ceros. Ella se quedó sin habla

Él contestó por ella

- Bien el lunes en el hotel.

Era bastante temprano para dejar una fiesta pero esta vez él se levantó y se fue.

-Compromisos familiares, pero te prometo que te compensaré

La orquesta siguió tocando y en su mesa se sentaba y levantaba gente, pero ella no les prestaba atención. Esta ausente, quería levantarse y salir corriendo, intuía que aquello no iba a terminar bien, pero la idea de la portada no le hacía ninguna gracia. Al final la llevaron a casa y a penas pisó la calle durante el fin de semana.

El lunes estuvo nerviosa durante todo el día. No hacía nada más que mirar y mirar le reloj. Trataba de imaginarse que pasaría, pero no podía. Sabía que el único modo de no meterse en ese mundo era

no asistir a la cita, gastando el poco dinero que tenía en comprar un billete de tren para volver a su pueblo. Después de comer casi lo tenía decidido no iría. Pasó la tarde y la tienda cerró. Al salir a la calle se encontró caminando hacia el hotel en el que él la había citado. Ni siquiera se había arreglado, no pensaba ir pero ahora sus pies caminaban hacia ese destino. Entró en un bar que le quedaba de camino con el fin de tomarse una copa que la ayudara con la decisión, pero tras el primer trago sintió náuseas y salió.

De pronto la fachada luminosa del hotel apareció ante ella. Era un edificio antiguo que habían restaurado por dentro y aunque no había estado nunca allí había escuchado algo de un premio que le habían otorgado a la cadena por el diseño interior de las habitaciones. Era un sitio sofisticado con recepcionistas de calendario y chicos de anuncio. Una música suave se escuchaba en la recepción y varios ejecutivos la miraron con descaro. Al fondo se veía un concurrido bar, en el que grupos de personas charlaban animadamente con copas en sus manos.

Una chica de sonrisa amplia la saludó.

-¿La podemos ayudar en algo?

-Ah sí perdón tengo una reserva. Mi documentación

-¿Es la primera vez que viene?

-Si contestó, he venido a ver ropa para unas tiendas que...

-Si claro este es un sitio perfecto para las compras – dijo con honestidad. -El ascensor del fondo, quinta planta. Que tenga una buena estancia y vuelva a menudo

-Gracias

Cuando caminaba hacia el ascensor notó que las piernas le fallaban, sintió como si le faltase el aire, cómo si necesitase salir de allí, pero siguió. Intentó tranquilizarse pensando que todavía faltaba media hora para la cita y él no habría llegado. Metió la tarjeta en la ranura y la puerta se abrió. Distinguió el cabello plateado de Damián sentado en un cómodo sillón y supo que no había vuelta atrás había llegado demasiado lejos y tenía que entrar.

-El se levantó y dejó la copa que tenía en la mano sobre la mesa.

-Vaya no sólo discreta sino puntual.

Ella lo observó a través de sus preciosos ojos verdes. Estaba vestido con un traje de lana fría sobre el que destacaba una llamativa corbata. Parecía una persona diferente, sofisticada y elegante.

Ella no sabía que decir. El rompió el hielo intentado ser cortés

-La corbata es horrible me la regaló mi mujer. Pero si tú algún día me compras alguna me la pondré ¿quieres una copa?

Ella negó con la cabeza y él la besó fue un beso profundo, húmedo, ella simplemente se dejó ir. Notó como se excitaba como se ponía cachondo, como respiraba agitadamente, como le desabrochaba la camisa, cómo...

Desnúdate – le dijo mientras se quitaba la corbata

El se quedó en calzoncillos. Ella dejó la chaqueta encima de la cama y muy, muy despacio se desabrochó la blusa y dejó escurrir la falda hacia el suelo, dejando ver una combinación de seda color salmón.

Él no podía apartar los ojos de ella.

-Me gustas sin ropa interior pero ahora estás tan sexy que creo que quiero que no sigas quitándote la ropa.

Ella dejó resbalar un tirante, y tiró de la tela hacia abajo, después el otro

El respiraba agitadamente intentando controlar la situación. Pero era ella la que se había dado cuenta del poder que tenía el juego de la seducción.

Poco a poco la combinación desapareció y su esplendido cuerpo apareció ante él. El tiempo se había parado y nada importaba ya

-No puedo decir lo que siento, me cuesta expresarlo. Estaba fascinado. Se levantó avanzando despacio y abrazando su espalda la besó. Sus labios húmedos recorrieron su cuerpo una y mil veces.

Le susurró palabras bonitas y frases obscenas. Pero según él valió la pena.

Ella ni siquiera se levantó cuando él se despidió- dejando un cheque sobre la mesa. Se quedó mirando al techo mientras escuchaba sus instrucciones.

-Mañana te vas directamente a tu trabajo desde aquí. El hotel págalo con esta tarjeta a tu nombre. Está activada y espera mi llamada.

Oyó el ruido de la puerta al cerrarse y pasos que se alejaban por el pasillo.

No había sentido nada, salvo asco y resignación pero comprendió que aquello era un juego y quien controlase la situación ganaría la partida.

Se levantó y se duchó intentando borrar las caricias y los besos de un individuo que sólo le había producido repulsión.

Que se creía un gran amante y era torpe como un principiante. Que se imaginaba superior, pero era una sensación basada en que todo lo podía comprar. Esperaba que sus chistes y sus gracias fuesen divertidos y únicos pero era aburrido y patético.

Aquí termina la historia de Ariadna, la chica que vivió una parte de su vida entre nubes de algodón. Puede que algún día escriba lo que después ocurrió.